

Cara Norte del Pico del Aguila

PRIMERA INVERNAL

POR JOSE MARIA TABERNEIRO

La cosa empezó como tantas otras veces, saliendo de Pamplona con una carga respetable sobre las espaldas y una nueva ilusión en nuestros corazones. Sin embargo, en esta ocasión no se nos ocultan las dificultades, y la incógnita de la empresa que acariciamos con ambición. La Cara Norte del Pico del Aguila. ¿Qué nos deparará el destino? ¿Cuál será su respuesta? ¿Quién podrá más? ¿Nuestra ilusión y nuestra técnica o las dificultades de este legendario sexto, logrado por un puñado de audaces escaladores «maños»? Sólo las horas siguientes saben su respuesta. Preparémonos pues a vivirlas con toda su áspera intensidad y al desgranarlas hallaremos entre ellas la respuesta a nuestras inquietudes.

El viaje resulta menos complicado de lo esperado, pues abandonado el primer autobús de línea en venta Carrica, vemos que el auto-stop resulta. Los ocupantes de un Dauphine, pese a nuestras descomunales mochilas se brindan a llevarnos hasta Rioseta. Aquí instalamos nuestra tienda para pasar las vacaciones de Semana Santa. Es de noche cuando llegan otros compañeros que acamparán con nosotros. Nos introducimos en los sacos, afuera brillan las estrellas, silueteando las hoscas paredes, más negras que la misma noche. El Pico del Aguila, alza su monstruosa forma semejante a un animal al acecho. ¿Sospechará nuestras intenciones?

Empezamos a izarnos por las presas de la pared. Por una extraña ironía, el primer largo resulta muy fácil, como una trampa de la Montaña para atraer incautos. Pero luego viene una chimenea cerrada por un techo. Aquí empiezan las dificultades en su grado extremo, y la roca es repelente. Cruza Juanjo el techo hacia la izquierda, colgado de unas clavijas que aguantan de milagro. Los hierros al penetrar en la roca, producen un ruido sordo y desagradable, la roca se abre, es igual dar dos martillazos que veinte. Añoramos con nostalgia aquellas clavijas de Echauri, cuyo argentino cantar impregna el éter de Sarvil, como una epopeya a la belleza y seguridad de nuestro ascético deporte. Pero a lo largo de esta escalada no se pueden colocar buenos pitones y para que se caigan solos,

mejor es no perder el tiempo poniéndolos. Al siguiente largo prosigo por una difícil chimenea, cerrada por un extraplomo que lo salvo por la izquierda, tras lo cual hay una nueva chimenea descompuesta. El sexto grado es mantenido, la roca deleznable, la tensión nerviosa llega al límite, pero ahora empiezo a creer en nuestra victoria, saldremos de esta pared y por la cumbre. ¡Tenemos que salir por arriba! ...porque no veo la manera de intentar una retirada, y nuestra confianza y optimismo nos impide el morboso pensamiento de un accidente.

Prosigue en cabeza mi compañero, y tras pasar otro trecho, por un diedro sigue hasta un pino en el que hace reunión. Hacemos los largos a tope de cuerda y nos debemos de entender a tirones de la misma. Siguen chimeneas y babaresas de gran dificultad y todo en libre y sin seguro. De pronto las dificultades se aminoran. Dada la buena hora, ante este nuevo cariz de la escalada comprendemos que podremos evitar el vivac.

Avanzamos a la vez por terreno bastante fácil, hasta ganar la cumbre de este agudo pico que sumergido entre las olas de un pétreo mar de cumbres, pugna con audacia de verticales por sobresalir entre los picos que le superan en altura, mas no en esbeltez.

La emoción de la cumbre será corta. Nos espera el descenso y es ya muy tarde. El regreso es largo, pues al cansancio se une la molestia de una nieve suelta y profunda...

Al final llegaremos a las tiendas donde nos esperan los compañeros, felices también porque han logrado su ascensión. Y al día siguiente, descansando en Candanchú, lo celebraremos con espumoso champán, brindando por el éxito de futuras ascensiones por nuestras amadas cumbres.

(Ascensión realizada el día 24 de marzo de 1967, en 8,15 horas, por la cordada Juan José Cía y José M.ª Tabernero, del G. E. D. N. A., de Pamplona.)